

EL CONCEPTO DE LA AMERICA LATINA EN LA MENTALIDAD DEL PUEBLO NORTEAMERICANO (1815-1823) (1)

Por *ARTHUR PRESTON WHITAKER*,
Profesor de la Universidad de Pennsylvania.

Me propongo estudiar la imagen de la América Latina que se iba formando en el pensamiento del pueblo norteamericano en el lustro que comienza en la caída de Napoleón, el Congreso de Viena, y la restauración borbónica en España, y termina en la revolución de Rafael del Riego en España (fatal para el Imperio español). En este período crítico de las guerras de independencia hispanoamericanas, los Estados Unidos reanudaron el interés (interrumpido por su guerra de 1812-1815 con Inglaterra) en la independencia de los nuevos estados (estados todavía en embrión) al sur de ellos. Lo que quiero hacer hoy es esbozar las ideas que tenía el pueblo norteamericano acerca de sus vecinos en la América Latina. Indicaré las ideas principales, algunas de sus fuentes, la imagen que de estas ideas formaban los norteamericanos, y la significación de esta imagen para la política de los Estados Unidos hacia la América Latina.

En primer lugar, es preciso constatar que los norteamericanos de aquel tiempo miraban a la América Latina no como una región aislada del resto del mundo sino como una parte íntegra del mundo Atlántico. Este mundo se constituyó de tres partes: Europa, América Latina, y Estados Unidos. También, se entiende mejor la actitud de estos últimos si se da cuenta de que ya había entonces una competencia entre dos de estas tres partes (Estados Unidos y

(1).—Conferencia dada en la Universidad Católica del Perú.

las grandes potencias de Europa) disputándose la tercera parte, América Latina. En efecto, hay un paralelo (no perfecto, ciertamente, pero extenso e instructivo) entre la situación de entonces y la crisis presente. Ya por los años de 1815 y 1816 había una recia reacción contra los principios de la revolución francesa y contra la libertad política y económica; la llamada Santa Alianza constituyó una especie de Eje que encabezó esta reacción; Inglaterra (así como en el pacto de Munich y hasta el año 1939) pareció inclinarse ante la Santa Alianza y aún hacer el juego de los aliados a costa de la libertad y en beneficio de sus propios intereses comerciales; y únicamente los Estados Unidos tomaron inequívocamente la parte de la libertad y del derecho de los pueblos a su independencia nacional.

Pero el paralelo de aquel período con el actual no es perfecto, y para el presente caso hay dos diferencias sobresalientes que deben señalarse: 1º: que entonces no eran los Estados Unidos una de las grandes potencias, sino un estado relativamente débil, que acababa de ver su comercio devastado, su país invadido, y su misma ciudad capital tomada y quemada por los ingleses — y eso al mismo tiempo que los ingleses luchaban con Napoleón Bonaparte; 2º: los conocimientos que tenía el pueblo norteamericano acerca de la América Latina eran muy escasos, los pocos que tenían provenían en gran parte de los escritos de los siglos XVI a XVIII y eran por consiguiente anticuados. La conciencia de estos hechos (es decir, de la falta de fuerzas para hacer frente a las grandes potencias de Europa, y de la falta de noticias exactas acerca de la situación actual de la América Latina y el carácter de sus habitantes) creó una incertidumbre que tendía a limitar y debilitar la acción de los Estados Unidos en favor de la independencia hispanoamericana.

En un artículo que se publicó a fines del año 1815 en el celebrado periódico *Register (El Registro)* redactado por un tal Hezekiah Niles de Baltimore, dijo éste:

“Me sorprende muchísimo que la gran mayoría del pueblo de los Estados Unidos tome tan poco interés en lo que se está haciendo en esas extensas regiones de la América española. Esta indiferencia puede explicarse en parte por nuestra ignorancia de su verdadera situación y de lo que pasa allá”.

Aunque en este artículo se exageró la indiferencia de los Estados Unidos hacia el movimiento libertador en los países hispanoamericanos, tuvo él razón en atribuirla a la ignorancia. Esto no quiere decir que la ignorancia era absoluta. En los últimos veinte años se había añadido mucho a las luces sobre Hispanoamérica. Pero casi todas las obras publicadas antes de las guerras de independencia hispanoamericanas eran anticuadas, pues trataron de una situación que ya no existía.

Ahora, hay que indicar brevemente algunas consideraciones sobre los factores que acondicionaban el pensamiento norteamericano sobre Hispanoamérica. 1.—Los medios de adquirir y difundir noticias e ideas fueron como antes muy escasos durante todo el período de que tratamos. Claro está que no habían asociaciones de prensa, cables, etc. En Estados Unidos, no había ni un solo periódico o revista metropolitana. Al mismo tiempo, los norteamericanos de entonces prestaban poca atención a los libros, buscando su alimento intelectual en los periódicos. En todo caso, había muy pocos que sabían leer español. Parece que entre los estadistas de entonces, sólo Monroe (Ministro de Relaciones Exteriores de 1811 a 1817, y luego Presidente desde 1817 a 1825) tenía un buen conocimiento del castellano, que había aprendido en una misión a Madrid. En cuanto al portugués, todavía en 1824 el Ministerio de Relaciones Exteriores en Washington tuvo que confesar que no contaba con un solo individuo que supiera leer o escribir ese idioma.

2.—En la esfera de las ideas filosóficas o generales, había dos tendencias opuestas que afectaban el pensamiento sobre Hispanoamérica. La primera era la de mirar a los Hispanoamericanos a través de las ideas de la revolución francesa — una frase algo vaga que empleo para indicar el liberalismo romántico basado en parte en ideas tanto inglesas como francesas del siglo XVIII. Entre éstas deben señalarse las del progreso, del derecho natural del hombre a la libertad, y de la hermandad y de la bondad innata de todos los hombres. Claro que no todos los norteamericanos compartían estas ideas, pero sí tenían ellas una aceptación general, y sobre todo en el Partido Republicano, encabezado por el "sabio de Monticello", el filósofo Jefferson, y sus discípulos, Madison y Monroe; y éste era el partido que dominó la vida política de los Estados Uni-

dos y decidió su política hacia Hispanoamérica y el resto del mundo desde 1800 hasta 1830. En conformidad con estas ideas, hubo una fuerte tendencia a creer que los Hispanoamericanos eran esencialmente semejantes a los otros seres, es decir, naturalmente buenos y aptos para la independencia y devotos de la libertad y el republicanismo.

Estas ideas condujeron a la creencia en la hermandad de los nuevos estados con los Estados Unidos, y en la solidaridad americana. Esta creencia se fundó también en otra idea del siglo XVIII — la idea de la influencia de la geografía en las costumbres e instituciones. Cualquier estudiante de colegio podía ver que había una variedad muy grande entre las regiones de América, pero como había un espacio tan grande entre Europa y las regiones habitadas de América, fué muy fácil creer que la naturaleza había creado un sistema americano distinto del de Europa y el resto del mundo. Notemos de paso que, en este caso, cómo en otros, ideas que parecen ser de pura cepa americana son en gran parte una mera reacción contra ideas europeas; porque en el siglo XVIII muchos escritores europeos habían pintado a América como radicalmente distinta de Europa en el sentido de ser esencialmente inferior a ella (véase, por ejemplo, lo que dijeron Abbé Mably y otros sobre la degeneración de las frutas, árboles, animales y hasta los hombres en América). Luego en el siglo XIX, y sobre todo después de la restauración de 1815, los americanos se reivindicaron, y pusieron todo al revés, pintando la América joven, activa, y libre, como infinitamente superior a la vieja Europa, estropeada, y encadenada. Pero esta opinión estribó en la misma idea que la opinión contraria, es decir, en la diferencia esencial entre Europa y América. En este sentido, la solidaridad continental de América, de que se habla tanto en nuestros días, es un eco de la disputa entre los campeones de Europa y los de América en aquella época; y nosotros los americanos debemos la idea a nuestros detractores europeos en el siglo XVIII.

A esta tendencia hacia la hermandad y solidaridad americanas, se opuso otra tendencia en el pensamiento norteamericano. Esta se conoce bajo el nombre de "leyenda negra". Como se sabe, esta leyenda tuvo su origen en los escritos del Padre Las Casas en el siglo XVI y creció a paso de gigante en los países enemigos de España. Empezando con un ataque contra los abusos que practi-

caron los conquistadores con los Indios, la leyenda negra se extendió paso a paso hasta que en el siglo XVIII se había convertido en un ataque contra toda la nación española. En ciertos países, como Francia, los Países Bajos, Inglaterra, y Estados Unidos, hubo mucha gente que creyó que el carácter español se componía de iguales partes de crueldad, codicia y mala fé. Ahora bien. Al principio del siglo XIX esta leyenda estaba bastante difundida en los Estados Unidos, que la habían heredado de Inglaterra, y recibió nuevo impulso en los escritos de los campeones de la independencia hispanoamericana contra los españoles peninsulares. Pero hay que notar que en los Estados Unidos había muchos que no veían claramente la distinción entre los españoles de Europa y los de América, y que por consiguiente envolvían indistintamente a todos los hombres de origen español en la leyenda negra. Esta creencia, claro está, constituyó una barrera fuerte contra la simpatía con los hispanoamericanos y el sentimiento de la hermandad con ellos.

La leyenda negra floreció con el mayor vigor en los estados de la Nueva Inglaterra, acaso por su tradición puritana y anticatólica. Entre los que la compartieron fueron Timothy Pickering, ministro de Relaciones Exteriores en las administraciones de Washington y John Adams; Alexander Everett, publicista y diplomático; su hermano, Edward Everett, hombre de letras, orador, y redactor de la más importante revista en Estados Unidos; y, en primera fila, John Quincy Adams, ministro de Relaciones Exteriores en la administración de Monroe y luego Presidente. Como veremos, a Adams se le iban abriendo los ojos poco a poco, hasta que en 1825 fué un abogado entusiasta del Congreso de Panamá; pero el proceso era muy lento y en sus primeros años en el Departamento de Estado dió él muchas pruebas de su creencia en la leyenda negra. Dichosamente, la dirección efectiva en aquellos años estaba en las manos del presidente James Monroe de Virginia, quien no sólo no compartía la leyenda negra, sino al contrario sintió una simpatía viva por los hispanoamericanos, y los creyó plenamente capaces de adoptar el "sistema americano" de republicanismo y libertad.

Estas ideas sobre Hispanoamérica se modificaron mucho como consecuencia de las noticias que se publicaron y de las polémicas que se promovieron desde 1815 hasta 1820. En efecto, había una propaganda muy activa por estos años, en pro y en contra de

la emancipación de las colonias españolas. (De la colonia portuguesa, Brasil, también se habló, pero mucho menos. Su turno vino más tarde). Estas olas de noticias y propaganda llegaron a los Estados Unidos de muchas fuentes (como Francia e Inglaterra y la América Latina) y también tuvieron su origen en ellos. En esta oportunidad no puedo dar más que unos pocos ejemplos de esta propaganda y de sus resultados.

Una de las fuentes extranjeras que más influyó en la opinión de los Estados Unidos fué el periodista francés y ex-Arzobispo de Malinas, el Abate de Pradt. Antiguo servidor de Napoleón, había sabido reconciliarse en cierto modo con el restaurado gobierno borbónico y aunque demasiado liberal encontró los medios de vivir poco molesto por el gobierno y de publicar un sin número de libros y folletos sobre casi todos los problemas del mundo. Parece que se creyó enterado de todo, porque escribió de todo y vaticinó sin vacilar. Era una especie de lo que en Estados Unidos llamamos columnista, como los Walter Lippman y Dorothy Thompson.

Entre otras cosas, se ocupó mucho el Abate de Pradt de los asuntos de la América Latina; mantuvo relaciones directas con ella, por ejemplo, con el porteño Bernardino Rivadavia y su gobierno de Buenos Aires, y con Simón Bolívar, quien más tarde le ofreció una pensión y un asilo en Colombia; y sus obras, o en francés o traducidas al inglés, se leían y se atendían mucho en Estados Unidos. Pues bien, las dos ideas principales que se difundieron en los Estados Unidos por medio del Abate fueron, primero, la idea (expuesta en 1816 en su libro sobre el Congreso de Viena) de que el problema de la América Latina había de ser uno de los más importantes del mundo Atlántico en los años venideros, y este problema envolvió una rivalidad acérrima entre las grandes potencias europeas de un lado y los Estados Unidos del otro — una rivalidad tanto ideológica (monarquía versus republicanismo) como de intereses económicos encontrados. La segunda idea, expuesta en 1819 en su libro sobre el Congreso de Verona, era la de que los Estados Unidos debían seguir una política americana, debían formar un sistema americano, aislándose de Europa y vinculándose con los nuevos estados de la América Latina. Como veremos en otra conferencia, parece que cuatro años más tarde este libro y esta idea tuvieron alguna influencia sobre Thomas Jefferson, y por medio de

una carta escrita por él al Presidente Monroe, sobre la Doctrina Monroe.

Pero la influencia más sostenida y fuerte era la de los periódicos y revistas inglesas, principalmente los periódicos *The Times* y *The Morning Chronicle* (*Crónica de la Mañana*) de Londres y la revista *Edinburgh Review*. Esto se debió a varias causas —al prestigio político y cultural que todavía mantuvo Inglaterra en Norteamérica a pesar del resentimiento de la post-guerra, y a las superiores facilidades periodísticas que tenían los ingleses y sus conexiones más extensas con Hispanoamérica. Entre éstas hay que señalar el enlace que mantuvo el gobierno de Buenos Aires con los periódicos de Londres. Pagó el gobierno £ 300 (1.500 pesos) de sueldo por un propagandista en Londres. Este encargo se arregló por medio de los agentes financieros del gobierno bonaerense en Londres, Hullet Hermanos, quienes confiaron ese cargo, primero a William Walton, autor de la ya mencionada obra sobre el *Estado Actual de las Colonias Españolas* y otros libros, y luego a James Murray, redactor de la sección de relaciones internacionales del *Times*. Muchos de los artículos inspirados de esta manera se publicaron también en el *Morning Chronicle*.

Este enlace tiene mucha importancia para nuestro tema. Desde luego, la propaganda bonaerense pintó el movimiento emancipador de una manera halagüeña; y la publicación de esta propaganda en periódicos ingleses que se leían con respeto en Estados Unidos aumentó la simpatía e interés de éstos por la emancipación. Al mismo tiempo Hullet Hermanos (una compañía inglesa) trató de crear en Buenos Aires la mayor desconfianza hacia los Estados Unidos. Finalmente los periódicos ingleses sin excepción conocida hablaban de la competencia entre su país y Norteamérica sobre Hispanoamérica y por consiguiente fortalecían en la Unión la convicción de la importancia de esta rivalidad y el deseo de crear ese "Sistema Americano", excluyendo a los intereses europeos de todo el hemisferio occidental.

Hispanoamérica contribuyó directamente, por medio de los escritos de sus agentes y estadistas, a formar la imagen que de ella se tenía en Estados Unidos. A veces fue ésta una influencia funesta, por ejemplo, cuando los refugiados de Buenos Aires atacaron a su gobierno en la prensa norteamericana, y los agentes de

Buenos Aires les contra-atacaron por el mismo medio. Pero por lo general la propaganda hispanoamericana se condujo con bastante éxito. Hacia 1816 se publicaron dos folletos que tuvieron mucha resonancia — las *Cartas a Henry Clay*, escritas por Vicente Pazos y publicadas en Nueva York, y la *Exposición del comercio de la América Española*, escrita por Manuel Torres (agente de Venezuela) y publicada en Filadelfia. En ambos folletos se subrayó la riqueza inexplorada de Hispanoamérica y el tesoro que podían sacar de ella los Estados Unidos, fortaleciendo así la influencia de los intereses norteamericanos en la política del país. Torres inspiró también muchos artículos de la misma especie que publicó en la *Aurora* de Filadelfia su amigo William Duane, uno de los principales periodistas en la Unión; Duane puso en contacto con la administración (Madison, Monroe) a Torres; y años más tarde Torres ayudó a convertir al ministro Adams a una actitud más amistosa y aún cordial hacia Hispanoamérica. Si Torres fué el autor de la Doctrina Monroe (como se ha asegurado en algunos estudios) es una cuestión que examinaremos en otra conferencia.

Claro está que las principales fuentes del pensamiento norteamericano sobre América Latina fueron indígenas. Entre ellas se debe distinguir entre las que trataban de ser imparciales y las que eran francamente (o, a lo menos, indudablemente) tendenciosas. En la primera clase se encuentran los informes de agentes oficiales (cónsules, comisionados, oficiales navales, y otros), tales como Joel Poinsett, agente en Buenos Aires y Chile, quien, después de su vuelta a Estados Unidos, escribió valiosos informes, fué consejero principal del gran amigo de la América española, Henry Clay, y especialista de primera fila sobre relaciones con Hispanoamérica; y Jeremy Robinson, agente pseudo-oficial, quien había estado muchos años en Chile y el Perú, trataba sobre relaciones culturales con José Hipólito Unánue y otros sabios sudamericanos, y escribía muchas cartas en favor de los patriotas que influyeron en la mente del Ministro Adams, aunque no fueron conocidas del público.

Mención especial debe hacerse de la misión norteamericana, compuesta de Caesar Rodney, Theodorick Bland, y John Graham que se envió al Río de la Plata y Chile en 1817 para investigar y escribir un informe sobre el estado de cosas en esos países. Desdichadamente, los comisionados no podían ponerse de acuerdo sobre

el informe y se decidieron a escribir cada uno el suyo. Todos resultaban más o menos favorables a los revolucionarios, pero por sus discrepancias y la notoria atmósfera de desacuerdo en que se escribieron los informes levantaron dudas bastante serias sobre el porvenir de los nuevos estados y pusieron frenos a la acción del gobierno norteamericano en pro de ellos.

Además, hay que notar que estos informes de los comisionados Rodney, Graham, y Bland sobre Uruguay, Argentina, y Chile fueron los únicos de esta índole que se hicieron en este periodo. En cuanto a las demás regiones de Hispanoamérica (Brasil, Perú, Colombia, América Central, México, etc.) no había más que cartas sueltas de agentes consulares y oficiales navales. Por lo general, estas cartas se hallaban poco satisfactorias, pues que el carácter de algunos de estos agentes y oficiales dejó mucho que desear y muchas veces sus noticias y consejos a su gobierno chocaron entre sí. Por ejemplo, aquí en la costa occidental de Sud América, los oficiales navales norteamericanos mostraron en sus informes poca simpatía para con los patriotas, consecuencia, sin duda, de sus frecuentes disputas con el comandante de la marina de guerra chilena, Lord Cochrane, ex-Oficial de la marina de guerra británica, quien se mostró dispuesto a emplear los navios chilenos para oprimir al comercio norteamericano y favorecer al de la Gran Bretaña en el mar Pacífico. Al otro lado, los agentes civiles de Estados Unidos en esta costa mostraban mucho mas simpatía para con los patriotas de estos países; pero estos agentes se querellaban mucho entre sí y dedicaban muchas de sus cartas a denigrar a sus conciudadanos, así agentes civiles como oficiales navales. Claro está que tales informes tendían a dejar al gobierno de Washington en duda sobre el verdadero estado de cosas en la América Latina. Poco a poco iban el gobierno y el público norteamericanos cerciorándose de la verdad, pero fué un proceso muy lento.

Uno de los medios más eficaces para formar una imagen clara y distinta de esta región fué la propaganda que se hizo en los Estados Unidos por sus mismos ciudadanos afectos a la causa de la independencia latinoamericana. En la primera fila de estos propagandistas estaban el ya mencionado William Duane, redactor del periódico *Aurora* de Filadelfia; Joseph Skinner, administrador de Correos en la ciudad de Baltimore, cuyas cartas firmadas "Lauta-

ro", publicadas en esa ciudad, y reproducidas en muchos periódicos de todo el país, hicieron sensación por el año de 1817; Henry M. Brackenridge, autor de un muy importante folleto *South America (Sud América)*, del mismo año; y el Capitán David Porter, oficial naval, miembro de la importante Junta Naval en Washington, y amigo de la familia Carrera de Chile, en cuya costa había actuado Porter durante la reciente guerra entre Estados Unidos e Inglaterra.

En Octubre de 1817 escribió Porter una carta que vale la pena de traducirse aquí, pues en ella se revelan las ideas y los métodos de todo un grupo de propagandistas. Dijo Porter:

"En estas últimas semanas ha empezado la prensa norteamericana a dar mucha importancia a las cosas de la América del Sur. En la mayor parte de esto, mi actuación ha sido decisiva, y me tomo la libertad de asegurarle que fui yo quien di el impulso a esta hueste de escritores a favor de Sud América. Queremos demostrar que los intereses de los Estados Unidos se han puesto en peligro por las maquinaciones de Inglaterra por medio de los agentes ingleses en esa región; que somos nosotros los aliados naturales de Sud América; que si no aportamos ayuda a los sudamericanos, éstos se precipitarán en los brazos de nuestro más grande enemigo, nuestro enemigo natural, Inglaterra; que no debemos perder tiempo, pues ya están trabajando hace mucho tiempo los ingleses, etc., etc. Con estas miras, nos hemos esforzado no solamente en aclarar la opinión pública, sino también a *calentarla*. De esta manera esperamos hacer una impresión en el Congreso así como en el gobierno. Este último (el Presidente y sus Ministros) ya está en alto grado afecto a nuestra causa. Algunos de los mejores escritores del país se han dedicado a la causa, y ahora mismo el señor Brackenridge está escribiendo un folleto sobre el asunto".

La cosa que quiero subrayar — y que, a verdad, salta a los ojos — es la nota de Anglofobia que sonó el Capitán Porter. El y sus compañeros tuvieron buen éxito en toda esta campaña de propaganda, pues su campaña marcó la primera etapa en el crecimiento de una opinión pública decididamente favorable a la causa hispanoamericana y también en el desenvolvimiento de una política favorable a ella.

Para apreciar el pensamiento norteamericano acerca de la América Latina que iba formándose en estos años, podemos tomar el ya mencionado folleto del colaborador del Capitán Porter, Henry Brackenridge. Ciertamente ni este folleto ni otro mostró el pensamiento de todos los norteamericanos, porque desde luego había entonces variedad de criterios en este asunto, como en todos los asuntos y todas las épocas del mundo. Pero fué su folleto tan sensato, tan moderado, y tan bien informado (se había dedicado Brackenridge muchos años atrás al estudio de las cosas de Hispanoamérica, y sabía muy bien leer y hablar el castellano) que representa mejor que ninguna otra obra la opinión norteamericana. También, hay que notar que casi todas las medidas recomendadas por él fueron adoptadas por el gobierno dentro de la década siguiente. Este hecho no se explica por la influencia política de Brackenridge, quien no fué hombre de alta jerarquía en la vida política de su país, sino por la correspondencia entre sus ideas y las que iban adoptándose por sus compatriotas a medida que adquirían los datos que ya tuvo él.

En breve resumen, las ideas y hechos expuestos por Brackenridge fueron los siguientes: Había una variedad muy grande entre los pueblos y países y regiones de Hispanoamérica. Por lo general, sus pueblos se hallaban entonces algo atrasados; pero eran naturalmente buenos y sensatos, como todos los seres humanos, y una vez emancipados, seguramente avanzarían rápidamente al alto nivel de su carácter innato. Con sus riquezas naturales y sus diez y ocho millones de habitantes, tenían ante sí un porvenir halagüeño de libertad y de progreso material y espiritual. Únicamente en México había una tirantez desconcertante en el progreso de la emancipación. En todo el resto de la América española, este progreso seguía irresistiblemente; y el Brasil, aunque quedaba bajo un gobierno monárquico, ya tenía lo más importante, es decir, un régimen virtualmente independiente, y lo único que quedó por hacer era separar su gobierno enteramente del de Portugal y de los otros enlaces con Europa, y de identificarse completamente con el sistema americano.

Hablando de los intereses de los Estados Unidos, Brackenridge se ocupó con igual satisfacción del espectáculo admirable de diez y ocho millones de almas luchando por su libertad, y de las ganan-

cias comerciales que probablemente haría su país como consecuencia de la emancipación hispanoamericana.

En cuanto a la política, recomendó Brackenridge: 1º: que los Estados Unidos no debían lanzarse a la guerra en favor de la América Latina, pues esto provocaría la intervención de las grandes potencias europeas (la Santa Alianza) en favor de España, pero que sí debían reconocer el hecho de la independencia de los nuevos estados, empezando con Buenos Aires y acaso Chile también; 2º: que los Estados Unidos debían abstenerse de toda ingerencia en los asuntos domésticos de los nuevos estados, como por ejemplo la forma de gobierno (monárquico o republicano), con lo que no tenían nada que ver; 3º: que, con respecto a la cooperación con los nuevos estados, la idea, ya discutida, de un Congreso Inter-Americano en el Istmo de Panamá era quijotesca, pero que habían muchos intereses comunes entre las dos Américas (como derechos de neutrales) en que podían muy bien cooperar entre sí. No había, dijo, el más mínimo peligro de que — como ya sugerían algunos “lobos y zorros” — la república norteamericana tratase de imponer su voluntad sobre los demás estados americanos; pero si ellos con el tiempo se decidieran a adoptar el sistema norteamericano, seguramente el Hemisferio Occidental se haría verdaderamente un nuevo mundo de paz y de libertad.

Con esta nota de optimismo se cerró el importante folleto de Brackenridge. Tuvo la obrita mucha resonancia en todo el país, y parece que gustó mucho al Presidente Monroe, quien pocas semanas después envió a Brackenridge en calidad de secretario con los comisionados Rodney, Bland y Graham en su misión investigadora a Sud América. Las ideas expuestas por Brackenridge influían mucho en el pensamiento norteamericano en la década siguiente; además, son en gran parte las mismas ideas (mezcla de materialismo e idealismo, de interés nacional y sentimiento continental) que han guiado la política americana de los Estados Unidos hasta el presente.

Los acontecimientos del año 1820 marcaron una nueva etapa en la historia de la política de los Estados Unidos hacia la América Latina. La revolución de Riego en España, el progreso rápido de la emancipación en Hispanoamérica, la fuerte y amenazadora reacción de la Santa Alianza contra estos progresos del liberalismo

en Europa y América — todo ello dió nuevo impulso a la política norteamericana. Esta, a su turno, se desenvolvía sobre la base de las ideas formadas entre 1815 y 1820. Entre éstas, debemos señalar las de 1º: la rivalidad entre Estados Unidos e Inglaterra sobre la América Latina, 2º: el sistema americano, separado material e ideológicamente de la vieja Europa, y basado en una fe mística en la solidaridad de las Américas y el genio libre de sus pueblos, y 3º: en la unidad de Hispanoamérica. En cuanto a esto último, hay que notar que, aunque no se empleó entonces las palabras "Hispanoamérica" y "América Latina", sí se empleó en Estados Unidos la palabra "Sud América", que tuvo la misma significación, entendiéndose con ella todas las antiguas colonias españolas y portuguesas del continente, desde México hasta el estrecho de Magallanes. Así se explica que los Estados Unidos, mirando a todos los países hispoamericanos en conjunto, adoptaran la misma política hacia todos ellos.

Arthur Preston WHITAKER.